

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

San José, Costa Rica

1948

Viernes 10 de Diciembre

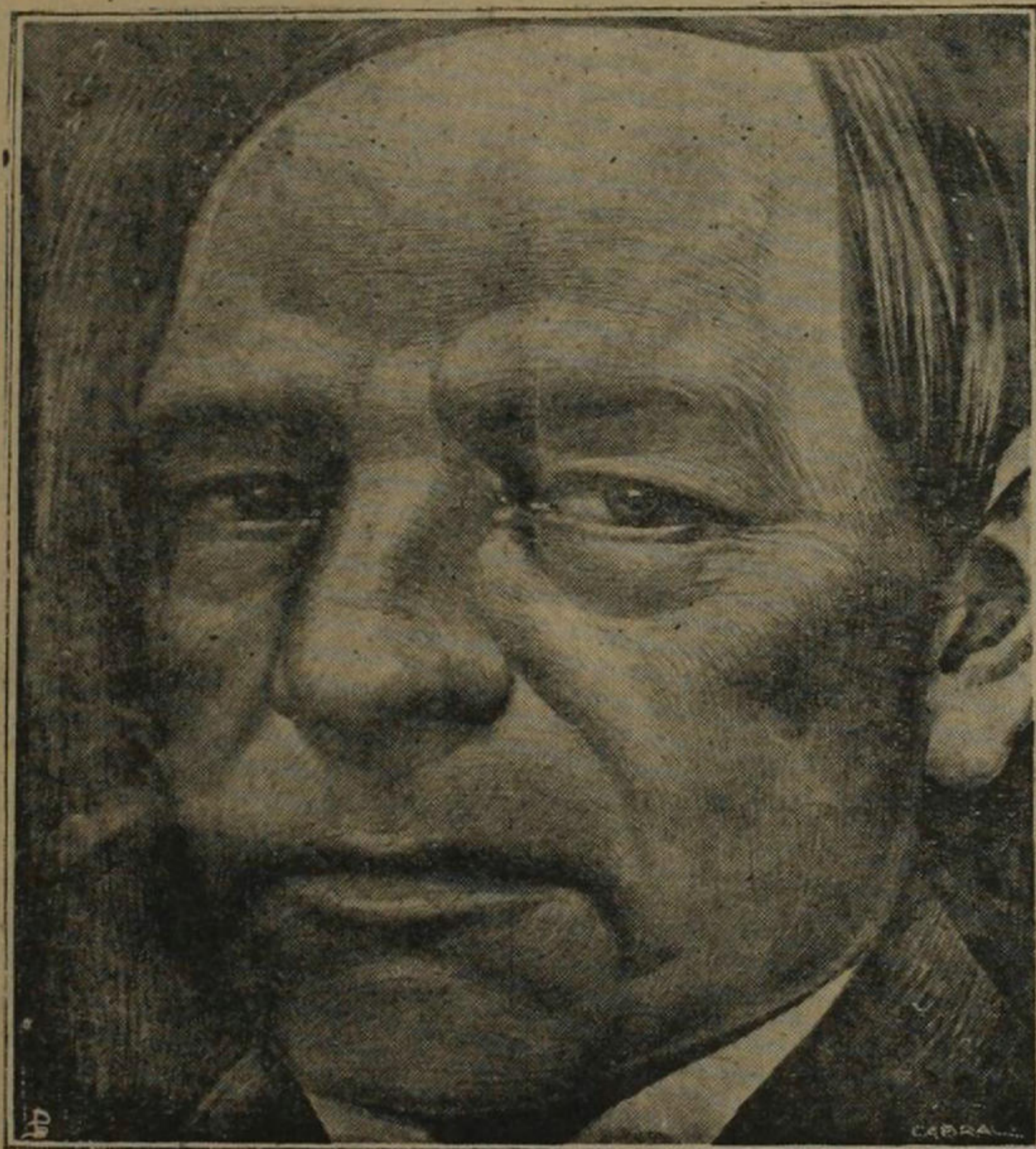
No. 16

Año XXIX — No. 1067

## JUÁREZ: máximo símbolo

Por Andrés IDUARTE

(Publicado en *Rumbos de México*,  
de Nueva York, septiembre de 1948)



Benito Juárez

Un indio del pueblo de Guelatao, hijo de un grupo zapoteca aislado y misérrimo, parte a la capital de Oaxaca, sirve como criado y estudia, se hace más tarde abogado merced a su tesón sin desmayos, llega un día a Gobernador de su provincia, luego a la Presidencia de la Suprema Corte de la Nación y a la Presidencia de la República. La lección de energía queda resumida en pocas palabras, que encierran muchos años de infancia dolorosa, de adolescencia y juventud abnegadas, de madurez laboriosa. No es inferior a ninguna de las más grandes, ni a la del tendero Domingo Faustino Sarmiento, ni a la del leñador Abraham Lincoln, ni a la de José Martí, el hijo del policía español. Y aun hay un aspecto que la hace superior a todas: Juárez nació en una comunidad india, pertenecía a un grupo aborigen vencido y postrado. Por esto, cualquiera que sea la doctrina política en que se crea, nadie podrá negarle su valor de ejemplo para las nuevas generaciones de México y de todos los climas.

En cuanto a símbolo, Juárez está consagrado: es el jefe de una nacionalidad joven, débil y desconocida en el mundo, que la defiende de una intervención extranjera poderosa y logra triunfar sobre ella a través de cinco largos años de enconada lucha, de fracasos, de angustias, gracias a su fe, a su per-

tinacia, a su heroísmo civil, a su abnegación, a su firme esperanza. Con cartas, discursos y proclamas vence moralmente a la profusa propaganda de la intriga internacional urdida contra México; con soldados andrajosos derrota, al cabo, a los restos de una vigorosa expedición militar de Francia. Su inquebrantable convicción las mina desde el principio, su paciencia vegetal las mira desmoronarse y desbandarse, su certera previsión las remata impasiblemente en 1867. Juárez pasa así a ser el símbolo del derecho y la justicia triunfantes sobre el atropello de fuera, el abanderado de los débiles de todas partes que se enfrentan, resisten y derrotan la agresión de los fuertes.

Cuenta Don Justo Sierra, nuestro noble historiador, que sobre Juárez se decía: "Sí, pero es un indio". Y añade Don Justo: "Pues porque es un indio, —contestó el porvenir".

Así es: su condición de indio completa el gran símbolo. Que la nacionalidad incipiente y dolorosa haya tenido como jefe, en la dura prueba, a un hijo del grupo más desdichado, satura de sentido reivindicatorio a la causa. Menos relieve tendría su figura si hubiera sido un criollo o un mestizo semi-blanco. No es el hijo de los amos de ayer, ni aun a medias pertenece a los que gozaron del poder y de la riqueza: viene de los más po-

bres, de los más humildes, de los vencidos, de los postergados, de los preteridos, de los parias. El defensor de la patria recién nacida, anárquica, cercenada quince años antes por la invasión extranjera, amenazada por otra agresión injusta y pujante, es a la vez representante y defensor de la última capa de la pirámide social. Simboliza la capacidad de vivir y de sobrevivir de una joven y combatida nacionalidad, y al mismo tiempo la de la base de su población, sometida por la conquista española, en pie a través de los siglos. Al lado de sus colaboradores blancos y mestizos, Juárez demuestra al mundo que la ciudadanía recién creada sabe resistir y puede organizarse; e hijo del pueblo indígena de Guelatao, le enseña que el antiguo habitante puede también empuñar el bastón de mando dentro de México e imponer su derecho al agresor de fuera. A su condición de mexicano se agrega la de indio para hacer de su figura heroica y revolucionaria, justiciera en todos sentidos, una de las más simbólicas, si no la que más, en la historia del mundo.

Por esa feliz amalgama de grandes causas es que Juárez no sólo pertenece a México y a América, sino a la historia de las libertades humanas. Por eso es que su figura adquirió rango universal desde 1862, por eso se le honró desde la Argentina y Colombia hasta Italia y hasta Francia, por eso su nombre va ligado a los de Lincoln, Garibaldi y Víctor Hugo. El mexicano de hoy se dolerá de que ni en pueblos hermanos, ni en pueblos cercanos, se conozcan sus valores intelectuales y cívicos, pero le servirá de consuelo que aun el más ignorante ha oído pronunciar alguna vez el nombre de Juárez. Con acento diferente lo cantará el Romanticismo y el hombre de hoy; pero, en todas partes y en todas las épocas, su nombre aparecerá como máximo símbolo. Esta es la justicia rendida a lo que de mejor tiene nuestra patria, a la defensa de su independencia y a la reivindicación de los más oprimidos de sus pobladores.

A Juárez, sin embargo, se le niega y se le ataca. La negación y el ataque se hacen mediante dos métodos falaces. El primero consiste en la investigación fría y malévolamente de su biografía, en el buceo pequeño y destructivo en torno a sus defectos personales, que los tuvo, pero que no empañan sus extraordinarias virtudes ni mucho menos pueden quitarle su valor de símbolo. El segundo sistema es de mucho peor categoría; está hecho de torvos prejuicios, de desenfundadas pasiones: sostiene el derecho de conquista, en nombre de las culturas superiores; el aniquilamiento de las nacionalidades pequeñas, en nombre de la fuerza. Por este camino no se va a discutir o manchar su figura, sino a destruirla. Llevado a ese terreno bárbaro, el mexicano de hoy ha de usar la razón serena de la moral y el derecho, como la usó Juárez; o hacer frente y pelear, con todos los riesgos y los daños individuales y sociales que trae consigo el choque de hombres, tan inevitable a veces como lamentable siempre.

Juárez significa para nosotros, dentro de la realidad mexicana, la libertad y el progre-